
VALERIA TENTONI
LEER ES FUTURO



# FURIA DIAMANTE

**VALERIA TENTONI**

* ILUSTRADO POR: **JOAQUÍN SILVA**

---

**Encontrá más títulos de la colección en:*
**www.cultura.gob.ar/leeresfuturo**

Tentoni, Valeria
Furia diamante / Valeria Tentoni ; coordinación general de María Inés Kreplak ; ilustrado por Joaquín Silva. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Cultura de la Nación. Secretaría de Políticas Socioculturales, 2015.
116 p. : il. ; 16 x 12 cm. - (Leer es futuro / Vitali, Franco; 38)

ISBN 978-987-4012-00-5

1. Cuentos. I. Kreplak, María Inés , coord. II. Joaquín Silva, ilus. III. Título.
CDD A863

Fecha de catalogación: 16/11/2015

• Coordinación editorial: Inés Kreplak
• Edición literaria: Marcos Almada
• Asistencia edición literaria: Juliana Portilla y Sebastián Basualdo
• Diseño de tapa e interiores: Pablo Kozodij

## ▸ COLECCIÓN **LEER ES FUTURO**

En el marco de una serie de actividades de promoción y fomento de la lectura, el Ministerio de Cultura presenta la colección de narrativa *Leer es Futuro*, que llega a tus manos en forma gratuita para que puedas disfrutar del placer de la lectura.

En esta oportunidad, convocamos a escritores jóvenes cuya carrera está apenas comenzando, con el objetivo de visibilizar su tarea, contribuir a la difusión de sus obras y democratizar el acceso a la palabra, en continuidad con la ampliación de derechos garantizada por los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner.

También hay que mencionar la inclusión de

los ilustradores de cada uno de estos libros: todos jóvenes y talentosos dibujantes con ganas de mostrar su trabajo masivamente.

Y en un formato de bolsillo para que la literatura te acompañe a donde vayas, porque leer es sembrar futuro.

**Ministerio de Cultura**

Teresa Parodi | Ministra de Cultura

## VALERIA TENTONI



BAHÍA BLANCA, BUENOS AIRES, 1975. Es abogada, periodista y escritora. Desde 2011 edita la Audioteca de poesía contemporánea. Publicó los libros de poesía *Batalla sonora*, *Ajuar* y *Antitierra* (Libros del pez espiral) y el libro de relatos *El sistema del silencio*. Participó como guionista de *El abrigo del viento*, de Romina Haurie. Fue incluida las antologías, *Voces -30 de jóvenes narradores latinoamericanos* y *Penúltimos. 33 poetas de Argentina* 1965-1985.

## JOAQUÍN SILVA



EL DORADO, MISIONES, 1988. Se mudó a Córdoba para estudiar Diseño Industrial en la UNC. Luego, siguió su desarrollo profesional en el área del diseño industrial y la ilustración. Entre sus trabajos se destacan las ilustraciones que acompañan las publicaciones *Rendez Vous Dakimanova* y *Horóscopo* de Cezary Novek. Pueden verse sus trabajos bajo el seudónimo de Karaka Perk en: > *www.karakaperk.wordpress.com*.

# FRUTILLAS

Todavía era hija única. Me ponían en un corralito que tenía los bordes acolchonados con una tela colorada y brillante. Me entretenía metiendo y sacando los puños de la red de plástico; a veces se atoraban y lloraba un poco. Todo para mí ese ring minúsculo y solitario en la esquina del comedor. La luz llegaba de costado, se apoyaba sobre las cosas como una mano dulce. Era domingo. El mantel verde agua estaba puesto, por eso. Lo que salía de las bocas de mis papás se desparramaba

por la casa. Rebotaba en las paredes, golpeaba los azulejos. El horno se abría y se cerraba y aparecían nombres, felicitaciones. La vida era una cosa recién hecha.

A mí me tocaba una sillita alta, un rascacielos, y del miedo me manchaba el babero: se me caían partes naranjas de calabaza hervida, se hundían en la toalla y se pegoteaban y entonces la tela se volvía pesada. Un cencerro mugriento. Del televisor me gustaba la cortina musical del programa de Caloi. Venía de los parlantes que rodeaban la pantalla y se metía entre nosotros, entre lo que intentábamos decirnos. Alcanzaba las habitaciones y se chocaba con la música funcional de la calle.

El estudio de mi papá estaba en el garage de casa. Había una sola línea telefónica y dos

aparatos: uno en su escritorio y otro en el living. Mamá nunca atendía porque podía pasar —y siempre que atendía ella pasaba— que llamase algún cliente y no quedaba bien, no era del todo serio que escuchase «Hola» en vez de «Estudio», como se dice cuando se atiende el teléfono en los estudios jurídicos. ¿Qué había del otro lado cuando mi papá atendió y dijo «Hola» y no dijo «Estudio», ese domingo? Mamá preguntó desde la cocina si era para ella, pero él estaba escuchando con un oído pegado al tubo y haciendo mucha fuerza para cerrar el otro. Molesto, tironeaba de su barba. Ella volvió a gritar pero ahora acercándose, «¿Es para mí?» No era para ella. Tampoco era, quizás, para mi papá. Cuando estuvo cerca él sacudió la mano izquierda, abierta, cerca de

su cara y después la usó para taparse la oreja.

No escucho bien. ¿Desde dónde me está llamando? ¿Quién le dio mi número. Soy abogado, pero no me dedico a... ¿Lo denunciaron por qué? ¿Pero eso es así? ¿Usted lo... la...? Digo, ¿usted hizo... eso?

Mamá se agarró la boca, guardo esa imagen. Se la agarró como si fuese una parte desmontable de su cuerpo. La luz se comía los contrastes y la borroneaba contra las cortinas blancas. Íbamos a ir al parque esa tarde, pero no. Íbamos a salir en el auto, un ecosistema tibio deslizándose entre los árboles.

Colgó. Quedó de espaldas a mí. Delgadísimas hebras de lana, laminadas por el sol, se

dibujaban rodeando sus brazos. El tubo encastró en la base del teléfono a disco y los rulos del cable quedaron balanceándose por unos minutos. Mamá solamente movía los ojos, dos ampollas inquietas. No preguntó, pero papá dijo cosas. Después dijo otras.

No sé quién fue el hijo de puta que le dio mi número.

Todavía fumaba y salió al patio, encendió un Parisienne. Mi mano se atoró, de nuevo, en la red de plástico. Mamá vino y la desenredó amorosamente. Me sacó de ahí y me sentó en la sillita. Puso frente a mí un bowl con frutillas espolvoreadas con azúcar. Trajo la comida. Recuerdo la música de los platos acomodándose a la superficie del mantel. Papá

volvió a entrar, se sentó. No miraba nada, solo estaba ahí. Ella era un pulóver fucsia que iba y venía con una belleza precisa. El teléfono volvió a sonar. Mamá atinó a levantarse pero papá la sujetó del brazo.

No vamos a atender. Vamos a comer en paz, es domingo.

Ella clavó su tenedor aquí y allá en la presa, pero no levantó el cuchillo. Sirvió agua en los dos vasos de vidrio: materia que se acomodaba alrededor de una fuerza hasta convertirse en una línea compacta. Después se me acercó, trajo una de las frutillas hasta mi boca. Era ácida y podía sentir los diamantes de azúcar sobre su superficie. ¿O eran los nudos negros de su piel? Tragué. La vida era una cosa recién

hecha para nosotros. El teléfono volvió a sonar. Mamá, como una estatua impermeable, siguió alimentándome.

De la nariz de papá salía aire con fuerza. Era un búfalo solo mirando al frente, al paredón del futuro. Cerró los puños, los dejó como dos piedras secas a los lados de su plato. La llamada se detuvo. Ella habló, dijo algo sin importancia. No comía, jugaba con todo eso que había dispuesto sobre su círculo de loza. Un nuevo llamado. Nos quedamos quietos, esperando que se agotara. Entonces ocurrió algo. El teléfono dejó de emitir su campanilleo regular, esa melodía higiénica de la insistencia. En su lugar, respetando las mismas pausas del tono, apareció el llanto de un bebé. Me miraron: no era yo. Yo estaba con las frutillas,

babeándome. Era un llanto de extinción. Papá se puso de pie, con furia. Hizo chirriar las patas de la silla contra las baldosas. Caminó hasta el teléfono. Lo vi ir. Parecía más alto que antes. Mamá me subió a upa y tiré el bowl con mi mano torpe. Me abrazaba fuerte por el estómago. Él arrancó el cable del teléfono y los llantos se detuvieron.

No volvió a sentarse a la mesa. Descolgó su saco y salió, no dijo nada. La puerta se golpeó con fuerza y después del estruendo se escuchó el pequeño sonido de las llaves girando desde afuera. La constatación en el picaporte de que había quedado bien cerrada. Mamá me apretó como si quisiera devolverme a su útero. No sé cuánto tiempo pasó. La luz comenzó a retirarse. Primero del comedor y después

del living, como una marea espesa hecha de cosas muertas. Se llevó los puntitos de polvo que habían estado levitando sobre la mesa ratona. Partículas de caracoles en los que antes se había podido escuchar la canción de las olas.

*


LIRENO

Ya vas a ver cuando te agarre. No te escondas. Vení para acá.

Lireno rodeó la mesa del comedor, buscándolo. Esta vez se lo merecía del todo. En calzoncillos, no pensó ni en que se le hacía tarde para ir a la oficina ni en que los vecinos del edificio podían llegar a quejarse por el ruido. No iba a ser la primera vez.

Lo persiguió hasta la cocina, pero se le escurrió y salió disparando. Lireno dio un portazo, clausuró esa parte del departamento. Quería

achicar el campo de maniobras. La bronca y el sueño le nublaban la vista. Avanzaba como un mastodonte; el suelo recibía sus pisadas con sismos imperceptibles. En uno de esos movimientos tiró un vaso de agua.

Entre las palabras dejaba salir otros sonidos, disparos rancios de odio. Respiraba con dificultad. Su cuerpo era una caverna llena de murciélagos. Podía sentir que uno le aleteaba en el corazón, boca abajo, intentando descolgarse.

Siempre se dejaba un vaso de agua en la mesa de luz para la noche. A veces se despertaba con sed. Cuando no, lo encontraba intacto salvo por las burbujas que aparecían en el fondo. Aire que se había tomado el trabajo de llegar hasta ahí, de bucear ese pequeño estanque para encontrarse un lugar. Aire al que

respetaba —como a los tallos verdes que les crecen a las cebollas a veces— por su vehemencia, que es el modo más feroz y a la vez sofisticado de la desesperación.

No prestó atención al agua que se desparramaba por la mesa y llegaba al suelo, hasta que la pisó con el pie derecho. Hasta que la media de su pie derecho absorbió en una fracción de segundo una cantidad suficiente como para electrizarle el estómago y aumentar su ira.

Ya vas a ver.

En ese momento se detuvo. Lireno sabía que el otro era más ágil. Que era inútil atacar sin estrategia.

Subió la persiana. Dejó correr el aire nuevo del día nuevo. Fue hacia el baño y abrió la ducha. Se desnudó, empezando por las medias.

Siempre dormía con las medias puestas. Ella le repetía que si se las sacaba podía llegar a enfermarse.

La última imagen suya que guardaba era en una cama de hospital. Dos tubitos salían de su nariz. Su mandíbula caía, pesada, como si su cuerpo estuviese obedeciendo a una ley ancestral que no le había sido revelada sino hasta recién. Donde antes estaba su boca, ahora había un agujero seco. Cuando el médico entró en la habitación para explicarle que ya no había nada que hacer, lo primero que hizo fue descubrirle los pies al tirar de la sábana para taparle la cara.

Estaba descalza.

La ducha lo calmó. Su pie derecho estaba congelado, y al contacto del agua tibia sintió

como si se le estuviese quemando. Eso duró unos segundos. Después se alineó con la sensación general de bienestar.

No sabía dónde se había escondido el otro, pero se propuso desayunar y más tarde encargarse. Se vistió, volvió a encontrarse con sus zapatos destruidos bajo la cama. Una saliva acre le subió a la garganta y creyó que ese jugo malicioso podía llegar a destruirlo, a comerle la piel, la tráquea, los huesos, a convertirlo en una baba que alguien pisaría tarde o temprano con sus medias secas. Tragó.

Primero voy a comer algo, se repitió.

Sacó un par viejo del placard. No estaban tan mal. Con un poco de betún iban a estar mejor.

Fue hacia la cocina y se encerró. No quería ni siquiera escucharlo. Cargó la pava y

encendió la hornalla. Una chispa se desprendió del fósforo y cayó al suelo, apagándose en el camino.

Algo se movía del otro lado. Intentó no prestar atención, pero le resultaba imposible. Salivaba como un hijo pródigo de Pavlóv. Abandonó el desayuno y abrió la puerta de un tirón. Ahí estaba. Por un segundo se miraron fijamente, hasta que salió corriendo. Sabía lo que le esperaba.

El otro usó un mueble viejo de madera como escudo, en el que se guardaba la vajilla buena. En el forcejeo, un portarretratos con la cara del papá de Lireno empezó a avanzar hacia el vacío. Los movimientos hacían rebotar el cuadrito en el que su cabeza sonreía. Los dientes de su papá: una reserva de calcio marchando al

acantilado miserable del comedor.

Finalmente logró encajarle una patada en las costillas. Soltó una queja que apenas podía escucharse sobre el silbido de la pava. Después le pisó el pecho para acomodarlo y le dio varias más.

Mientras lo golpeaba en el suelo, una y otra vez, Lireno se sintió definitivo.

Cuando lo soltó estaba poco menos que muerto, pero todavía respiraba. Lo miró durante unos minutos. Fue al lavadero y volvió con una caja de cartón. Lo metió adentro. Cerró la caja.

Se afeitó. Se perfumó con Old Spice. Lustró los zapatos viejos. Se preguntó cuánto podrían llegar a costarle unos nuevos. Cargó la caja. Salió del departamento haciendo equilibrio

para cerrar la puerta con la mano libre. Bajó hasta la cochera. Puso la caja en el baúl. Encendió la radio.

Después de unos veinte minutos ya estaba en la ruta. Alambrados. Pasto. Una manta de yuyos absurdos en la banquina. Se detuvo. Me gusta la ruta, pensó. El asfalto era nuevo. Lireno se llenó los pulmones de aire.

Me gusta el olor a brea. Podría comérmela a cucharadas.

Sacó la caja del baúl. Sin abrirla, la ubicó detrás de unas totoras que se sacudían en la intemperie. Volvió al auto. Arrancó. Observó la ruta. Dejó pasar una camioneta y giró en U.

La radio, que había perdido la frecuencia al alejarse de la ciudad, empezó a recuperar

los contornos de su sonido.

Estos zapatos no están tan viejos, se dijo. Y aceleró.

*

# EL MARTILLO DE PLATA

Cuando soñaba con los golpes no tenía sentido insistir con mantenerse en la cama. Tenía que levantarse, fuera la hora que fuera. Salir de la posición horizontal, mímica de la oferencia de aquella vez. Así que abandonaba el colchón, el sueño y se erguía. Caminaba hacia la cocina, cruzando el departamento, apenas despierta. Apoyaba su cuerpo sobre la mesada y se quedaba largos minutos observando los azulejos blancos, hasta que su mente cambiaba de dial.

Lo que Rosina sentía era como si le estuviesen martillando la nariz a golpes, cortos y firmes, desde arriba. Como si su cuerpo se fuese hundiendo, golpe a golpe, un poco en la tierra. Tac, tac, tac. Golpes metálicos, decididos, resueltos. Golpes profesionales, sí; pero eso no atenuaba las cosas.

Ella pensaba en las pirámides. En la cantidad de hombres imposible de imaginar que habían moldeado la piedra, limado sus bordes, cincelado en el lugar exacto para que el corte fuese perfecto y el encastre seguro. Imaginaba las junturas de esos bloques, desanimando a la destrucción, preparados para enfrentar los trabajos del viento y la arena. Insolentes en su desprolijidad minúscula para retener la figura madre. Pensaba también en

esos pasadizos asfixiantes, construidos de adentro hacia fuera y no al revés.

Había pasado suficiente tiempo pero todavía no se iba esa fuerza que insistía sobre su cara con golpes invisibles y la hostigaba, sobre todo, de noche. También de día, en el aula, mientras tomaba apuntes. En el boliche, cuando a sus amigas las bañaba la luz recortada de la bola de cristal y de repente ya no podía seguir bailando con ellas y tenía que salir a tomar aire. Durante las conversaciones con extraños, con personas que acababan de presentarle y que no la habían conocido con su nariz anterior. Cuando sonreía, sobre todo, y sentía su cara abriéndose como una orquídea. Tac, tac, tac. ¿Se le notaba? ¿Alguien podía ver, desde afuera, cómo su nariz se resentía y

rebotaba de dolor una y otra vez? ¿Se movía? ¿Algo en ella dejaba traslucir la sensación?

Su mamá la había acompañado —con su enorme nariz como recordatorio de la urgencia— hasta la puerta del quirófano. No le había fallado jamás. Había estado ahí en cada consulta, en cada estudio, en cada crisis de angustia antes de salir, y en cada noche, de vuelta al amanecer, aullando de tristeza. Con cada uno de los cirujanos que la vieron antes de decidirse por el que iba a operarla. Estaba en la Capital y habían tenido que viajar varias veces hasta dar con él, pasar muchas horas acurrucadas en los asientos apenas reclinables de los colectivos, contorsionistas de un sueño imposible. Rosina con los oídos clausurados por dos auriculares; a veces ni siquiera

escuchaba música pero simulaba hacerlo para que su mamá no le hiciera más preguntas, que si estaba segura o no.

«Lindos dientes», la había felicitado el cirujano mientras le mamarracheaba la cara con una fibra azul que después se limpió en el baño del consultorio. A ella le había sonado a elogio burocrático. Algo como: voy a sacarte lo feo para hacerte lo hermoso, así recibís más de estos.

La suculenta nariz de su mamá también había sido lo primero a la vista al volver de la anestesia: una nube gruesa, la mancha de carne levitaba frente a ella al despegar los párpados. Antes de que lograra enfocar, antes de terminar de entender dónde estaba, qué había pasado, le dijo:

—Escuché todo. Escuché todo, todo.

Pero ella había intentado tranquilizarla, diciéndole que estaba saliendo del efecto, que tenía que quedarse quieta, serena. Que eran unos minutos difíciles, que ya sabía de qué se trataba, lo habían hablado antes. Como les habían recomendado: respirar despacio, contando ocho, diez, ocho, diez. Que todo había salido bien y la operación no había tenido inconvenientes, y se iba a ver hermosa ahora, como siempre había querido. Que era muy valiente y estaba muy orgullosa de ella.

Cuando llegó el médico a la habitación pudo ver su mano blanca apurando el suero. De haber tenido fuerza suficiente, en ese momento,

lo hubiese mordido. Lo hubiese mordido con sus bonitos dientes naturales hasta arrancarle la nariz. «Tengo sed», fue lo único que logró decir, pero no le dieron permiso para tomar agua. No todavía. El médico autorizó a la mamá a que le mojara los labios con una gasa empapada. Nada más.

Repitió que todo había salido bien, que tenía que descansar. Acarició su frente y pronunció: des-can-sar. Bajó sus párpados como se bajan los párpados de los muertos, para que los ojos no perturben a los vivos con la viscosa resolución de seguir mirando el mundo al que ya no tienen derecho. Ella, obediente, se durmió. Lo que recuerda, después, es pedir que le acerquen un espejo.

—Hija, es que estás vendada. Y todavía no es momento.

También recuerda haber insistido. La anestesia empezaba a abandonarla, como una cebra que corre cruzando la selva, decidida a demostrar que la perfección es posible pero también más ágil que nosotros. Todo daba vueltas y le dolían horriblemente la cabeza, la nariz y las mandíbulas. Toda la cara, una máscara de fuego. Sus ojos supuraban lágrimas y desperdicios amarillentos que su mamá le retiraba cuidadosamente con un pañuelito.

Cuando al fin se sacó la primera tanda de vendas, lo que vio rebotando en el espejo fue, primero, una confusión de lagunas verdosas, negras y moradas. Lamparones superponiéndose,

hematomas en distintos niveles. Sus párpados habían crecido, le pareció, unas cinco veces su tamaño, y de sus fosas nasales salían dos algodones sanguinolentos. La deformación era completa y sentía un regusto ácido en la boca. Su cara era una montaña petrificada por el dolor, cubierta con gasas, yeso y una férula.

Al día siguiente de la operación, después de una noche insoportable, le repitió a su mamá que había escuchado todo. Rosina dijo que cuando la dejaron en el quirófano, en la camilla, con la bata ridícula esa que les ponen a los pacientes —con el culo al aire, como si hiciera falta subrayar la indefensión—, le pidieron que respirara en una máscara. Que lo hizo, y de repente se reía muy fuerte, como nunca antes se había reído en la vida. Después

sintió algo parecido a un desmayo, pero los sonidos empezaron a engrosarse a la vez que se difuminaban. «Como cuando me saco los anteojos para ver de lejos; bueno, así, pero con el sonido», dijo. Las voces del cirujano y sus ayudantes sonaban en su cabeza. Recuerda que encendieron una radio: lo supo porque identificó las publicidades. Era la misma radio que escuchaba la portera del edificio. Los médicos hablaban. Poco. Después más. Rosina dijo que al principio estaba tranquila porque creyó que todavía faltaba que le diesen otra dosis de anestesia, o que parte del efecto llegase a ella. «Pero cuando sentí el corte empezó el horror», dijo. «No podía ver nada, tenía los ojos cerrados y no podía moverme. Intenté hacerlo, sé que dirigí toda mi fuerza

hacia mis piernas y manos para patalear pero no podía, quería avisarles que estaba ahí, que estaba ahí, que yo estaba ahí, pero no había manera. Escuchaba y sentía todo, pero sin dolor: no era dolor pero sí eran sensaciones que jamás había tenido. Un filo que se clavó, el tironeo, me tironeaban de la piel, mamá, como la cáscara de mandarina cuando está muy pegada y la sacás con las uñas. Sentía la fuerza que me hacían, escuchaba las risas de los instrumentistas, la voz del cirujano pidiendo cosas, la radio de fondo, quería morirme, fue asqueroso». Rosina había sentido las lonjas de piel desparramadas sobre sus mejillas, las mismas que se habían cerrado antes sobre su nariz vieja, reteniéndola como una marca de agua. Mientras tanto su cara toda era un

hueso, un puente de marfil expectante, con su curva hacia la mitad. Un águila descompuesta en medio del desierto.

Y el médico comenzó a martillar

Tac

Tac

Tac

Después la lijaba mientras comentaba el partido del domingo con otro, la puerta vaivén del quirófano rechinaba y entraba gente, salía gente, una mujer nueva decía pocas palabras, decía «sí», «ahora», «listo», y de vuelta a limar

Tac

Tac

Tac

«Pensé que iba a reventarme la cara, la frente, que iba a equivocarse, que se le iba a zafar

el martillo». Que el cirujano podía convertirla en miguitas de huesos, pensó. Una montaña de polvo incapaz de regresar a su forma original. «¿Qué estaba haciendo ese tipo? Quería gritar y levantarme y acogotarlos a todos, a las enfermeras, al cirujano, quería acogotarlos a todos, los hubiese matado uno por uno a martillazos en la cara, les hubiese reventado todas sus narices de a una, de un solo golpe. Me pareció infinito, que no iban a terminar nunca de hacerme eso. Después sentí cómo cosían mi piel. Cómo hundían un hilo apretado y la tensión al correr la tanza, un arrollado. Cómo clavaban y sacaban la aguja y anudaban sobre mi tabique. Y después me pusieron un yeso y después cintas y después listo. Pero no, listo no». Rosina hablaba pero su mamá no lo creía

posible, no daba crédito a lo que decía. Algo que no podía terminar de sacarse de la boca, como cuando alguien se come sin querer un pelo ajeno que se coló en el plato de comida, Rosina intentaba la narración por otras vías pero era inútil.

«Estás muy nerviosa, hija, así no es el procedimiento, quedaste impresionada. Dormí otro poco, vamos», le decía. Y después salía al pasillo a hablar por teléfono con su marido, en desacuerdo desde el principio con el asunto, para contarle cómo iba todo, a los gritos, larga distancia. Su hija le parecía hermosa, su mujer le parecía hermosa, el universo le parecía hermoso, así de roto y sucio y destartalado que otros lo veían, a él todo le parecía que andaba perfectamente bien: nada que arreglar.

Simplemente seguir, ir hacia delante. Pero no había logrado convencerlas. No quería discutir. No tenía tiempo y estaba muy cansado y el griterío y el llanto y los pataleos, todo eso lo desconcertaba. Prefería ponerse a disposición, le parecía que así iban a avanzar más rápido. Quizás, si le hubiesen dado un hermano, o una hermana, pensaba a veces, Rosina no sería tan... Pero ya era, ya estaba. Así que a terminarlo, eso le decía por teléfono: «A terminar con esto y volver a casa».

Al médico nunca llegaron a decirle nada. Les daba miedo. En verdad era algo no tan preciso como el miedo. No pudieron. Rosina dejó de hablar de lo que le pasaba porque no sabía, ella misma, si era real o si era parte de una fantasía. No podía tocar los bordes de lo

que le pasaba y entonces no entendía qué hacer con eso.

Al año siguiente se mudó a esa ciudad en la que le habían rebanado el perfil, para estudiar. El día que despidió a sus papás en la terminal de ómnibus y volvió sola al departamento que le habían alquilado, lo primero que hizo fue bajar los espejos y tapar el del baño con papel y cinta adhesiva. No aguantaba ni siquiera verse. Su nariz crecía en el reflejo: se la veía igual que antes, igual a la de su mamá. Pero cuando iba a tocarse para constatar la visión, descubría el holograma que le había preparado su mente.

La sensación volvía a castigarla en el subterráneo, haciendo la fila para comprar las fotocopias. Tac, tac, tac. Mientras conversaba con

sus compañeros su cara se partía al medio, un cierre de sangre y lava la dividía en dos: se le veía el hueso, la grasa, la basura irregular de adentro. Rosina sabía que lo mejor en esos casos era insistir en hablar. Si se detenía, perdía, la volteaban. Ella era un paredón y lo que le pasaba una ola. Decía las cosas más inconsistentes y ridículas, se desconcentraba. Tac, tac, tac. Mientras se estaba duchando, los ojos cerrados, el agua caía sobre su herida abierta, lavándole el revés de la piel.

Una tarde el encargado le tocó timbre. Había que revisar la cocina porque la cañería estaba descompuesta, tenían humedad en el piso de arriba y en el de abajo y la lógica indicaba que también detrás de su heladera.

Entraron dos hombres, la saludaron. El

encargado preguntó si ella prefería que se quedase ahí, acompañándola, mientras trabajaban. Rosina dijo que no, que estaba bien así. Desenchufaron la heladera, la corrieron y apareció la mancha de moho. Tímidas pintitas negras en racimos y aureolas se distinguían, ahora, en la pared. ¿Desde cuándo estaban ahí? ¿Cuál había sido, de todas esas pecas de moho, la primera que había aparecido?

«Hay que romper», dijo el más alto.

A ella le daba igual y dijo: «Me da igual».

Intentó avanzar con el resumen que estaba preparando, a metros de la cocina. Era un departamento pequeño, dos ambientes, así que nada estaba muy lejos de nada y en el aturdimiento general terminó por desistir. Los tipos rompieron, como habían prometido. Pero

tenían que seguir rompiendo más tarde. «Por hoy estamos», le hicieron saber. Afuera había oscurecido, y a Rosina le parecía increíble que de un momento a otro se hubiese terminado el día. Le pidieron permiso para dejar las cajas con herramientas hasta la jornada siguiente: iban a volver a las ocho y también le preguntaron si iba a poder abrirles tan temprano.

Cenó un yogurt con cereales. En el televisor se apretujaban los colores, saturados, y se quedó dormida mirando una serie. Cuando la despertó la sensación, como tantas veces la despertaba, ya estaba decidida.

Tac, tac,

tac.

Se irguió y se sentó en la cama en la misma posición que le habían indicado durante el

post operatorio. Reclinada, para evitar la hinchazón, para que la sangre buscara un rumbo seguro y no se encajara donde no debía. En lugar de la serie ahora un presentador mascullaba alguna cosa en inglés y los subtítulos, le pareció, avanzaban más rápido que él.

Bajó de la cama y llegó hasta el baño. Arrancó el papel de diario por el medio, se miró de frente. Fue hacia la cocina. Abrió la caja de herramientas que los plomeros habían dejado. No tardó en encontrar el martillo, junto al cincel. Los limpió con detergente hasta que brillaron. Después limpió sus manos.

El agua salía tibia.

*

# MACACHÍN

Palmira dice que no se acuerda bien de cómo empezó todo pero que, casi seguro, fue con el dedo índice de la derecha. Que estaba aburrida esperando por un llamado en la cabina y su mano jugaba por sí sola con un bollito de papel rosa que se había formado después del apretujamiento que le tocaba a todos los papelitos donde anotaba las direcciones a las que tenía que ir Cilfredo. Solo Cilfredo porque, desde hacía tres meses, Cilfredo era el único en tareas. Jefe y empleado de sí mismo.

Lorré ya se había ido para ese entonces, cansado de dar vueltas por el pueblo sin viajes en el Ford blanco con el sticker insolado. Antes había sido azul marino y ahora se había puesto tirando a cobalto, curiosamente mejorado por el deterioro. Se leía REMISERIA LA SIRENITA, así, sin acento y en mayúsculas. Y abajo, el número de teléfono.

A Palmira la ponía un poco nerviosa esta decisión gráfica, el abandono, pero jamás lo hubiese confesado el día que Cilfredo la tomó, después de preguntarle si había rendido las últimas materias del secundario (ella había mentido que le quedaba una sola y eran más que tres pero menos que las que hubiesen justificado tamaña mentira) y si pensaba casarse, embarazarse o irse del pueblo pronto a

estudiar o a conseguir un trabajo mejor, porque a ninguna de esas opciones iba a tolerarla, visto ya que las dos chicas que había tomado antes le habían armado ese tipo de desastres. Para él, Cilfredo, fundador y dueño, era claro que no había otro motivo más allá del cambio intempestivo de telefonistas para explicar la caída de viajes. Nada que ver tenía el hecho de que, al fin, el intendente en plena campaña de reelección había traído una línea de colectivo al lugar y prometía traer otra aunque el pueblo era tan chico que, para evitar el ridículo, ya se decía que los consejeros estaban imaginando rutas paralelas para que nunca, jamás, las dos líneas se cruzasen. Para que ni un solo pasajero pudiera, desde la ventanilla de uno, ver el lado de metal y vidrio del otro,

pasando, en perpendicular, por alguna cuadra más allá. Para que nadie pudiese exclamar con razón: «Lo mismo me hubiese tomado aquel que llegaba a casa».

La mano de Palmira, en vez de despachar automáticamente el bollito al tacho como le había enseñado Cilfredo, para no confundirse en caso de que apareciera un llamado nuevo con una dirección nueva, se había entretenido en particular con ese que tenía la dirección de la señora de Cantilo. Dirección que la telefonista podría haber deletreado semidespierta después de ser interrumpida en medio de su pico más profundo de inconsciencia nocturna, desde que la señora de Cantilo tomaba dos viajes por día, uno para ir y otro para venir de lo de su hija, de quien, ahora que se llevaba

a la cabeza el asunto se daba cuenta, Palmira no sabía el nombre. Qué extraño. Así y todo, cada vez y todas las veces le pedía que le repitiera la dirección porque Cilfredo se lo había indicado expresamente y, por si se lo olvidaba, se lo había dejado apuntado en un papelito celeste al lado de la ventana. Ahí había otros papelitos donde también se decían cosas como: «Hoy puede ser un gran día» y «Si Dios es conmigo, ¿quién contra mí?».

A Palmira la entusiasmaban más las órdenes que las consignas como esas, porque las órdenes decidían por ella pero las frases la dejaban pensando demasiado y eso le hacía perder tiempo, aunque todavía no hubiese decidido bien qué hacer con su tiempo. Probablemente haya sido esta última frase y toda

la cavilación acerca de su vida y de Dios y de su compañía la causante de que en esa hora, Palmira, mirando por la ventana, después de, ¡al fin! arrojar el bollito de papel rosa al tacho que Cilfredo había dispuesto, empezara a borronearse el dedo índice de la mano derecha.

Ella sabía que si dos superficies insisten en rozarse hay una que gana y una que pierde terreno. Dos cosas no pueden estar a la vez en un mismo lugar. Salvo, según el cartelito, Dios y el resto del universo.

Dios también, se ve, lo sabía. Pero Palmira no se detuvo cuando podría bien haberse detenido, al empezar a sentir esa temperatura que la velocidad le imprime a la materia, en este caso, su piel, su huella digital. Esa espiral acanalada con la que alguien habría podido

darla por hija de uno y sobrina de otro. Estaba mirando por la ventana las nubes que se apretaban entre sí como solteras volviendo de un baile, listas para reventarse de lluvia y terminar con el mal humor de Cilfredo.

En ese momento, él rezaba en secreto por el chaparrón mientras subía el volumen, porque ese pronóstico le traería uno o dos viajes más, según sus cálculos. Andaba con ganas de regalarle a su mujer una cadenita de dije confuso. Pensaba que era una flor pero quizás otro hubiese visto un tigre. La había pispeado de pasada en el quiosco, aunque no estaba seguro de si era enchapada o de plástico o de plata-plata, no podría decirlo, ni tampoco llevársela a la boca para averiguarlo. Cilfredo no quería, no tenía tiempo, en realidad,

justito ese día, de que se ofendiera la quiosquera si hiciese algo así. El perro estaba jodido y no quería llegar tarde porque en caso de que lloviera iba a tener que ser él, o era preferible que fuera él, el que lo sacara a dar la vuelta y no su esposa, con la pierna como la tenía, dolorida por la humedad.

Palmira, entonces, al sentir la temperatura ya sabía que iba a pasar lo que terminó pasando, pero no dejó de aplastar el dedo contra la mesa de madera. Hacia delante y atrás, como un fósforo húmedo que intentara prender muy decididamente, insistiendo en la misma breve línea de unos cinco, siete centímetros, que iban desde el punto más cercano a la ventana —Palmira no pensaba en el dedo ni en el calor que de ahí le venía, pensaba en Dios,

en las nubes— hasta el más cercano a su pecho, donde se escondía un busto humilde, un poco hundido hacia el centro. La espalda encorvada, cubierta por un saquito de lana color cemento, y detrás de la espalda de Palmira el respaldo de la silla de mimbre, con lo que aborrecía el mimbre, y más atrás casi ahí la pared, y un poco más arriba pegado un calendario.

Era chiquito el cubículo donde a Palmira le habían dicho: «Ve, aquí va a trabajar usted, si tiene suerte», después de sonreírle como si le estuvieran diciendo: «Ve, el mundo también funciona a cuerda y ahora es su turno de hacerla girar». Pero el dedo, hacia atrás, no llegaba a tanto. Ni a la pared ni al pecho hundido dentro de la camisa de gasa blanca que había heredado de Esther, tan generosa su prima,

con sus compras afuera, no vaya a ser cosa que en Macachín alguna la viera con prenda repetida. En fin, Palmira no llevaba su dedo ni sus pensamientos tan lejos, apenas siete, seis centímetros y medio, a lo sumo, de adelante hacia atrás en la mesa de madera, en un taca taca taca sostenido en presión, velocidad y tozudez, suficiente para generar, primero, tibieza, calor después, y a lo último algo que ya ni era quemazón, sino directamente borroneo, como se advirtió más arriba. Esto no la sorprendía a Palmira, para nada: sabía que una cosa así podía esperarse de una conducta como la suya. No porque la cometiera con especial intención, sino, más bien, porque la llevaba adelante tan entregada a sus efectos como quien no sabe qué esperar de la vida y

por eso prefiere que la vida espere cosas de sí.

Y de este modo fue que Palmira supo, al mirarse, que había perdido prácticamente media yema, ya no más su huella digital —se dijo que para qué la quería si estaba repetida en sus otros nueve dedos— y cuando vio la uña ahí, tan sobre medio cuerpo de dedo, la encontró fastidiosa, desubicada. Un portento ridículo que ese dedo, de seguro, ya no solo no necesitaba sino que no merecía. A Palmira siempre le había parecido que las uñas eran algo así como las coronas de los dedos, y este dedo índice suyo ya no tenía nada de qué enorgullecerse, no le iba a servir para discar los números, y tampoco para sostener el tubo. Más bien iba a hacerlo con la izquierda, lo mismo daba, y anotar podía todavía lo más campante

con los dedos restantes, así que siguió friccionando hasta borronearse toda la falange.

Al terminar, se sintió tan satisfecha como se había sentido al recibir el primer llamado en la remisería y comunicarlo con destreza, recibiendo un «¡Muy bien, Palmira!», por parte del jefe que, justamente, pasaba por en frente en ese momento (era muy común que las rutas de Cilfredo lo llevaran por delante de su propia remisería, tan chico era Macachín, pero ni por una vez se le hubiese ocurrido estacionar el auto, ni siquiera cuando hacía más de cuatro horas que nadie lo requería en una dirección, porque sufría de sentido del deber), pero, claro, se lo dijo por radio y no a viva voz, que bien podría haberlo hecho porque la hora de la siesta ya había pasado hacía

rato y nadie iba a ofenderse.

En casa, su mamá no se dio cuenta sino hasta la hora de la cena de que a su hija le faltaba ya media mano, porque Palmira había continuado su trabajo como quien se lleva un tejido a todas partes en una bolsita. Solo que propiamente a la inversa, se estaba destejiendo. Palmira no hizo caso a los retos y siguió hundiendo el tenedor en las albóndigas, sosteniéndolas para partirlas por la mitad, muy satisfecha.

Al volver a su habitación esa noche, como todas las noches, se tiró en la cama a pensar. Hubiese querido borronearse alguna otra parte pero estaba muy cansada y no se decidía.

Se apoyó de lado en el colchón. Desde arriba se la hubiese podido leer como a una Z. Su puño derecho con los dedos borroneados quedó

bajo la almohada justo en la zona donde se apoyaba su oído: Palmira empezó a escuchar, de a poco, lo mismo que cuando se ponía el caracol de la prima Esther en la oreja, que la prima decía que era el mar y Palmira no tenía modo de decirle tenés razón siendo sincera, pero igual se lo decía más por no contradecir que por darle la razón. No era por mentirle. Palmira empezó a preguntarse si era posible que ella estuviese escuchando el mar ahí mismo, en su cama, en su casa, en Macachín, esa noche. Se respondió que a lo mejor sí, que a lo mejor no.

*

# BABOSAS

Una noche se despertó porque escuchó ruidos en una de las ventanas del living. No era nada, claro. Pero estaba sola, de repente, en esa casa grande, y se asustaba por cualquier cosa. Antes de volver a la cama, fue a la cocina para tomar un poco de agua. No llevaba puestos los anteojos y todas las formas eran manchas confusas, sombras escondidas en la sombra. Imaginó que eran las tres, cuatro de la mañana, porque venía de una extranjería espesa. Tenía los sentidos divorciados y le costaba dirigirse.

El gato apareció a sus espaldas, se arqueó como si fuera a disparar una flecha con su estómago hacia el centro de la tierra. Ronroneó, confundido, reclamando el desayuno entre sus piernas, y estuvo a punto de hacerla tropezar.

Cuando abrió la puerta de la heladera y la pendiente blanca iluminó el rectángulo —los pisos verdes, la mesada de granito, la canilla y todas las otras cosas que pastaban en silencio—, vio una silueta oscura en uno de los azulejos celestes de la pared. Tenía que ir hacia ese lado para buscar un vaso. Iba a manotearlo de memoria del secaplatos, pero estaba tan contagiada del miedo con el que se había despertado, tan predispuesta a la desgracia, que prefirió ir a buscar los anteojos a la habitación antes de seguir. El gato se subió

a la cama de nuevo. Ella volvió a la cocina y, con la aparición de los contornos, supo que se trataba de una babosa. ¿Había estado en el vaso ese molusco repugnante? Mejor no usarlo y mañana lavarlo bien. Agarró la botella de plástico cargada con agua de la canilla que había estado enfriándose en la heladera y se la llevó. Tomó del pico, cruzando el pasillo. Pensar que casi la había tocado sin querer la estremecía de asco. Que todavía estaba ahí. No había manera, le pareció, de que llegara muy lejos. Ya metida en la cama, entumecida, se dijo: lo mejor, me olvido.

Por la mañana no había nada a la vista. Le cargó el bowl al gato con alimento. Limpió con detergente el rastro de caramelo sobre la mesada, pasó lavandina. Y tuvo su día como

otros días que tuvo antes y a la noche se fue a dormir pero tampoco pudo. Un asunto y otro se le venían a la cabeza, parecía que su cráneo fuera un pobre agujero negro. La misma gravedad que la mantenía estable, apoyada sobre la almohada, empezaba a comprimir las imágenes recibidas hasta que comenzaban a aplastarse. Quizás eran recortes que estaban en la cabeza de otra gente, y como esa gente sí estaba dormida las imágenes se habían mudado a la suya, con toda esa electricidad disponible.

Se levantó para hacerse un té de tilo. Por las dudas se puso los anteojos, se calzó, encendió la luz de techo antes de entrar. Y mientras el fluorescente titilaba hasta tomar temperatura, vio que había tres. La claridad cayó sobre la

cocina con la contundencia de lo que completó sus posibilidades, y supo de inmediato que eso había estado pasando antes, pero que ella nunca se había despertado de noche hasta estos días, entonces no había podido enterarse.

Cuando él vivía en la casa, ella dormía completamente abandonada, de corrido, hasta que sonaba el despertador de su teléfono celular. Y hasta se permitía ignorarlo. Su amor era el caparazón de esa tortuga mayúscula que sostiene a los elefantes que sostienen al mundo. Ahí estaba, sobre ese delicado tetris seguro. Ahora dejaba al gato adentro para que le hiciera compañía, aunque se despertara mucho antes que ella y la mordiera y la rasguñara para conseguir lo suyo y tuviera que sacarlo e interrumpirse. Y después ya estaba amaneciendo

y al final, ¿para qué el simulacro? No estaba menos sola por tener al gato adentro. Aunque ahora agradecía que estuviera ahí y, de algún modo, esperaba su defensa. Si se comía las polillas y las moscas, quizás también pudiera salvarla de esto.

Distinguió una en un azulejo, ¿sería la misma? Estaba apenas más lejos de donde había encontrado a la anterior. Había otra sobre uno de los platos, barrefondo. Se prometió nunca más usarlo, reventarlo en el patio si era necesario, aunque fuera de él. Y la última, a la que casi confunde en el melange de piedras de la mesada, estaba a centímetros del microondas. No supo qué hacer. ¡Tres ya no eran una! Agarró un Raid y les dejó esa lluvia.

Al día siguiente no encontró nada. Supo

que la cosa funcionaba así, solo de noche. Y que tenían dientes hasta en la lengua. A las tres de la mañana, después de calcular un tiempo prudencial para que sintieran la ficción de la intimidad, salió en expedición. Su número se había duplicado. Ya había otra trepando la alacena y hasta una haciendo equilibrio en un lado de la cuchilla que había dejado secándose.

Googleó, encontró: si se pone un vaso de cerveza, las babosas van a la levadura, idiotizadas por su deseo. Y mueren.

Así que compró cerveza. Tomó un poco esa noche, con el gato hirviendo en sus piernas, mientras miraba una de las películas que él le había vetado. Guardó bastante; en realidad nunca le había gustado la cerveza. Puso

el vaso en el centro, frente al horno, sobre el piso verde y brillante de lavandina. Se durmió, esa noche no se despertó. El alcohol, o el sueño, o tanta cosa que venía encimándose. Al otro día se olvidó de su humilde trampa casera. Se levantó, no se puso los anteojos, fue derecho a la cocina para hacerse un mate. Al entrar pateó el vaso, descalza.

Ah, la repugnancia era eso. No era nada de lo otro.

Lloró un poco, no supo si por las babosas, por la casa, por él. Por ella. Lloró, al final, un rato largo, como si estuviera entretenida con eso o el llanto fuera una especie de celebración acuosa. Quizás estaba feliz de tener una excusa más pequeña para estar triste. Algo que no fuera, por un momento, su estúpido

corazón caído desde la altura.

Esa noche, cuando se despertó a inspeccionar, encontró una decena. ¿El ataque las había multiplicado o habían convocado a su ejército secreto? ¿De dónde salían tantas, cómo se reproducían tan rápido? Había largos cuerpos húmedos y robustos aquí y allá, en posiciones extravagantes, retadoras. Sintió que enloquecía de asco. Tomó un paquete de sal de la alacena y, sin discriminar ni apuntar, empezó a agitarlo. Una nieve impalpable crucificó a varias, pero no a todas. Las babosas empezaron a derretirse y ella sintió su estómago estrujarse.

No quiso limpiar entre las vivas a las muertas. Se fue a dormir. Cerró la puerta de su habitación, se quedó con el gato adentro. En su cabeza funcionaba: si me duermo todo se

muere un rato y yo también, el mundo queda petrificado por mi ausencia, y mañana quizás algo habrá arreglado la noche por mí.

De esa manera también había pensado cuando él estaba todavía con ella, en la casa grande que habían arreglado y pintado y ordenado juntos. La casa que habían llenado de objetos maravillosos que ahora la miraban como miran los ojos de vidrio en las cabezas de los animales embalsamados que alguna gente cuelga de las paredes. Solamente ahora le parecían, al fin, cosas sin respiración. Y más vivas le parecían, entonces, las babosas invasoras.

Aguantando las arcadas se puso guantes, pasó más lavandina, usó el lampazo, el trapo rejilla. El gato husmeaba, esperaba encontrar algo de provecho. Desinfectó. Empezó a abrir

todos los compartimentos de la cocina, uno por uno. Revolvió ollas, platos, tuppers, frascos, paquetes. El gato se metió en esos escondites, feliz. Salió sin noticias, como quien vuelve de vacaciones. ¿De dónde venían? ¿Dónde pasaban el día las babosas? ¿Cómo llegaban a la cocina? ¿O ya estaban ahí, pero ocultas, camufladas, mientras ella andaba haciendo ruidos, movediza, y el sol distribuía sus apariciones por las ventanas? Quería encontrar el origen. No pudo.

Pasaron así los días. Uno atrás del otro, y todos se parecían entre sí. Cada vez que abría la puerta de entrada esperaba encontrarlo adentro. Cuando descubría que no, sentía como si un martillo la hundiera en el suelo de un solo golpe, la aplanara en la superficie. Lloraba

colgada de sus camisas, de las cortinas, con la nariz metida en la tapita del perfume que se había dejado. Abrazaba los sacos en las perchas del placard —estaban casi a la misma altura que había estado él todos esos años, recibiéndola con amor. Hablaba con el gato, hablaba sola. Los vecinos le hacían preguntas crueles, aunque ¿hay alguna pregunta, en el fondo, que no sea un acto de crueldad, una prueba de resistencia? Ella los escudriñaba al mediodía, miraba los autos pasar, el colectivo pasar, el sol pasar, las nubes pasar. Se tumbaba boca arriba en la cama grande y sentía cómo le crujían las sienes, viejos escalones de madera por los que subían sus fantasmas. Ensayaba conversaciones y se llenaba de ira. Se enojaba para poder salir del dolor.

Solamente de noche volvía a pensar en las babosas. A levantarse y constatar, sin fuerzas ya para intentar nada. Eran cada vez más. El gato gruñía frente a ellas, le temblaba la mandíbula; lo había visto así una vez que trajo de ofrenda una paloma que logró matar en los techos y escondió detrás de una planta del cantero. Él la había sacado, con una bolsa, tirando del ala sangrienta. Pero no hacía nada más que eso, ¿qué iba a hacer un gato contra unas babosas? Ella tampoco hacía nada mejor.

Cada noche doblaban una y otra vez su número. Ahora ya no podía contarlas. Habían cobrado la forma comunitaria de una marea y llegaban hasta la mitad de la cocina, por el piso y por los azulejos. Apiladas, daba la impresión de que estuvieran por hablar, todas a

la vez, para decir una sola palabra, quizás un nombre. Le parecía impresionante que tamaña formación no emitiera sonido alguno. Pensó en insistir con la sal, pero ya sabía lo que le esperaba, si lo hacía, al día siguiente. Pensó en llamar a alguien pero en verdad no quería hablar con nadie, ni siquiera para dar instrucciones. Se preguntó de nuevo, durante el día, dónde se metían tantas babosas. Revisó. Nada por aquí, nada por allá. Pero de día igual todo era distinto, su cabeza estaba ocupada por el holograma de la última vez que lo había visto, de espaldas, en el jardín.

Había cosas de lo más ridículas de las que ocuparse, como las cuentas y el alquiler y los arreglos y el futuro y el horóscopo, tan ominoso últimamente, y los consejos que llegaban

en racimos de inutilidad, y los mensajes de los amigos, que eran pésames encubiertos, y las empleadas de la panadería de enfrente que la acorralaban con sugerencias. Así y todo ella se levantaba a controlar, quería conocer los bordes del infierno que se expandía en su cocina. Dibujaba rayas con labial en el piso como se dibuja la altura de los hijos a medida que crecen en las paredes. A la noche siguiente eran muchas más, la línea carmesí ya había sido sepultada por la ola. La cocina era una gran mancha de petróleo, un río oleaginoso que lo ocupaba todo, hasta el techo. Ella se ponía delante y miraba los escalofríos de esas vidas y sus antenas, el relieve de sus escudos blandos. El conjunto daba la impresión de ser un enorme animal estancado. Había una

voluntad más eficiente que la de cada una de esas gelatinas por separado. ¿Qué hacer? No sabía qué hacer y entonces no hacía nada.

Una noche vio que habían llegado al comedor, que ya iban sobre las sillas y la mesa. Lloró un poco, pero como lloraba todo el tiempo se volvió a acostar. El gato, arremolinado a sus pies, ya ni siquiera se despertaba en sus reconocimientos. Por la mañana, de nuevo, nada. Se hizo un mate, caminó por los cuartos ahora vacíos. Regó las plantas. Nada.

Días después el avance registrado incluía el living pero, como el agua cuando inunda, la corriente hace recorridos caprichosos y en vez de llenar ese gran espacio giraron, inesperadamente, hacia el pasillo que daba a la habitación. Él había venido ya a llevarse los

muebles, a embalar todo lo que tenía en los cajones. Se había llevado, por ejemplo, las camisas que abrazaba. Ella hacía listas mentales. Había blancos por toda la casa. Donde habían estado los sillones, la mesita, el gran televisor heredado o la magnífica lámpara de bronce, ahora había una transparencia inquietante. Ella miraba de frente las cosas que ya no podía tocar y no salía de su asombro. El gato estaba confundido. Maullaba reclamando el sillón en el que se pasaba las tardes holgazaneando. Ella maulló también un poco, por probar algo, pero nada de lo que se llevaron volvió a aparecer en su lugar.

Para cuando tuvo otra vez energía suficiente como para controlar a las babosas en medio de su sueño, las más corajudas estaban

lamiendo la puerta de la habitación. Se puso delante y vio que, hacia atrás, los encastres eran demenciales. Levantó apenas la persiana, abrió la ventana para que entrara el fresco y se volvió a acostar. ¡Eran tantas! ¿Qué querían?

De día, todo seco. Casi limpio. Pasó lavandina igual, se gastó el tarro. Hizo las compras entonces. Trajo también frutas, vino, pan, queso. Cosas así trajo y las acomodó en la heladera. Alimentó al gato.

Cada noche observó, serenamente, cómo corrían su límite. Levantó todo del piso, ordenó los zapatos. Puso ropa a lavar. Barrió debajo de la cama, vio que había mucho polvo, ¿desde cuándo había tanto polvo y de dónde salía, también, el polvo? ¿Quién lo hacía y dónde, quién lo dejaba caer entre las personas

y los muebles y las babosas? Encontró tres monedas. Las apiló, por darles algún sentido.

Esa noche se levantó y vio que estaban al pie de su cama. Ella estaba cruzada, ya no respetaba su lado. Dos días después todavía reptaban pero ya cubrían toda la superficie del suelo. Eran pisos flotantes, los habían elegido juntos. De una madera clara, luminosa, para que rebotara el día. ¿Se iban a arruinar? No podían mojarse, de mojarse se arruinarían. Se levantarían, en efecto cascarita. La humedad les hacía mal, se los habían advertido bien. Desde la cama podía ver el océano mucoso. Esa noche el gato no durmió, se la pasó gruñendo.

Ella sí. Ella durmió.

Eran las cinco cuando se despertó, afuera

empezaba a desteñirse la oscuridad. ¿Se había levantado por la mañana, por la tarde? No estaba segura. ¿Hacía cuánto que dormía? Como fuera, lo que tenía que ocurrir había ocurrido: una babosa estaba, al fin, trepando la cama. Le pareció que ya era momento.

La agarró de la cola, abrió la boca y se la tragó. Se felicitó por haber descansado así de bien la noche anterior. Tenía mucho trabajo por delante todavía.

*


ZIPLOC

Masticó. Había mejorado su técnica y esperaba que fuese más tierna, pero no. Su mano derecha sostenía el cuchillo hacia arriba. Su mano izquierda había liberado el tenedor y reposaba, serena, junto al plato.

Tragó y pensó que, después de todo, no estaba tan mal. Que una vaca en iguales condiciones no hubiese logrado la misma performance. Que esos animales, cuando advierten la proximidad de su muerte, contraen sus músculos y sus nervios se retuercen y entonces

la carne resulta gomosa, imposible. Se dan cuenta más rápido.

Agarró el tenedor y pinchó una zona todavía un poco cruda, deteniendo la porción para que el cuchillo pudiese entrar y desmadejar. El tenedor volvió a caer sobre la carne recién separada, como la aguja de una máquina de coser.

Sintió la comida bajando por su garganta. Sintió la fuerza, el conducto ensanchándose para dejarla pasar. No había masticado lo suficiente, y todavía era demasiado grande. Pero ya estaba hecho. Ahora sentía cómo llegaba al estómago, esa pileta volcánica. Un ardor que apenas alcanzaba a ser una molestia se quedó en su esófago.

Se preguntó qué habría comido antes de recibir el ataque, y le dio asco. Para tranquilizarse,

repasó mentalmente los pasos que había completado, como de costumbre, para higienizar a su presa. Lavandina, separación, un golpe de hervor. A la basura lo que era basura: ropa, piel, terceras falanges, la cabeza entera, con el pelo, los dientes y con los ojos —no entendía cómo alguien podía comerse los ojos de un animal: recordaba a su abuelo sacándoselos al cordero en los almuerzos familiares. Su boca y el sonido del desprendimiento. Las manos de su abuelo engrasándose, su risa oscura en la cabecera de la mesa—.

No le interesaban los sesos. No le interesaban viniendo de ningún animal. Creía que el odio se condensaba en esa zona. Tiraba la cabeza, entera, al horno del patio.

Lo había diseñado él mismo, y estaba muy

orgulloso de su invento. Por fuera parecía un horno de barro común y corriente, pero estaba equipado con algunas mejoras que le permitían levantar muchísima más temperatura en menos tiempo. Ahí quemaba las partes que no quería comerse. Las hacía desaparecer. Podía quedarse horas mirando cómo el fuego se encargaba de todo. Asistía a esa destrucción crujiente como a un espectáculo maravilloso.

Este le había costado un poco más de trabajo, pero, por lo general, era simple, asombrosamente simple, matar a alguien. La primera vez había terminado casi sin darse cuenta. Elegía con calma, sin apurarse. Tenía cuidado de no repetir los barrios. Tardaba casi veinte meses en dar la vuelta completa. Como un pescador avezado que retira su red, con seguridad pero

sin forcejeos, del mar. Nadie había reconocido nunca una serie en esas muertes. Muertes que, por otra parte, nadie reclamaba tampoco.

Estacionaba su auto. Bajaba. Se acercaba. Conversaba un poco, ganaba su confianza. Se acercaba más: tenía una fracción de segundo de ventaja. Clavaba la cuchilla. Tenía una sola oportunidad. Había encontrado, tras consultar varias páginas de Internet, el lugar exacto; unos centímetros más acá o allá y la muerte no sería instantánea. Tendría que cargar con un moribundo, y eso no le convenía. Él quería un muerto. Y uno que sangrase lo menos posible, que no hiciera enchastre.

Después se lo cargaba al hombro. Tenía fuerza: era ancho y de huesos duros. Su mamá le había dado la teta hasta los cuatro años.

Hasta incomodar a las visitas con sus enormes tetas y ese chico que, ya de pie, succionaba como una bestia y después podía hablar, hacer sus gracias, confundirlos a todos.

Llegaba a su casa. Bajaba del auto. Abría el portón. Subía al auto. Entraba el auto. Bajaba del auto. Cerraba el portón. Bajaba la presa. La llevaba al lavadero. Si tenía ánimo, la trozaba en seguida. Si no, tomaba primero un vaso de vino y miraba el cuerpo. Se entretenía imaginando todo lo que iba a venir, se adelantaba a ese placer con los ojos.

Volvió a clavar el tenedor. El metal bruñía bajo la luz blanca del comedor. Vio el color de su piel reflejado, como una mancha, en el metal. No supo qué parte de su cuerpo era la que se replicaba ahí. Pensó en el mercurio.

En esa vez que reventó un termómetro y su mamá empezó a gritar, a decir que era tóxico, que le iba a derretir la piel. No le derritió la piel. Pensó en esas formas que se reunían, imantadas por una fuerza superior. Esa fuerza les daba órdenes y las gotas de mercurio, tensadas en círculos perfectos, se juntaban. Se pegoteaban. Volvían a su matriz.

Había muerto hacía un tiempo ya. Quiso pensar en su voz pero no pudo. Se dijo: Ya no me acuerdo de la voz que tenía mi mamá. Estaba solo, no le quedaba nadie.

Se sirvió un poco más de vino. Tomó hasta vaciar el vaso. Metió su lengua entre las muelas, chasqueó. Tenía una basurita, algo que se había estancado. Hizo fuerza hasta que pudo destrabarla. Sintió en su lengua eso que antes

se había atorado y le parecía otra carne, carne que estaría ahí desde antes. Ya no se lavaba los dientes.

En eso estaba cuando tocaron el timbre. Se sobresaltó. Nadie tocaba su timbre, nunca. Nadie le traía nada, nadie lo visitaba. Se quedó sentado. Pensó que si no hacía nada, si no se ponía de pie e iba a abrir la puerta, el timbre no habría sonado. Lo que se ignora no existe, pensó. Pero todavía no volvió a masticar. Sonó el timbre, de nuevo. Tiró la silla para atrás, las patas rechinaron. Dejó los cubiertos.

—Quién es —ni siquiera entonó la pregunta.

—Soyacáunavecinadelbarrio estamosjuntandofirmas... —escuchó, sin abrir la puerta.

—Me estoy bañando.

—Peroesunsegundo estamoslosvecinosautoconvocadosporlacontamina ciónacá juntandofirmas esunsegundo esimportanteporque...

Abrió, furioso. La mujer estaba demasiado pegada a la puerta y su cuerpo se crispó ante el movimiento, ante el cuerpo enorme que ahora la miraba fijo, todavía masticando. La miraba con los hombros, con el torso.

—Me estoy bañanando, le dije.

La mujer se quedó petrificada. No volvió a hablar, pero tampoco atinó a irse.

Cerró la puerta y volvió a su silla. Escuchó que la mujer, en la puerta, hablaba con otra.

Probablemente alguna vecina que la acompañaba, a la que le había tocado la cuadra de enfrente, o la casa de al lado. Escuchó que le decía unmaleducado, unabestia, sigamos.

Ya no tenía hambre. Levantó el plato de la mesa. Abrió la puerta del patio. Sus perros se acercaron: eran dos akitas. No alcanzó a tirar las sobras en sus platos que ya estaban devorándolas. Cerró la puerta. Hacía frío, mucho frío. Abrió la canilla de agua caliente y vació lo que quedaba de detergente en sus manos. Las refregó. Se secó con un repasador viejo y sucio. Casi todo, en su casa, estaba sucio. Nadie limpiaba, y él se estaba quedando ciego, de a poco. Así que apenas podía distinguir la mugre.

Era por la diabetes, un diagnóstico que escuchó con la misma atención que se le presta

a los horóscopos viejos.

No había vuelto a ir al médico. No iba a casi ningún lado. Se había quedado en esa casa. Le parecía que todos los días desde la muerte de su mamá eran un mismo día demasiado largo. Cambió pocas cosas de lugar. Casi nada. El televisor, por ejemplo. Ahora estaba en el living, donde pasaba la mayor parte del tiempo, frente al sillón. Pero el resto estaba intacto. Los mismos portarretratos, los muebles, los platos colgados en la pared sobre un empapelado de florones cuyos colores se iban dilatando y esparciendo en el dibujo.

Había aprovechado a comprar un freezer de heladería en una compraventa. Ahí acovachaba las porciones. Usaba bolsas Ziploc para organizar el espacio y evitar que se echaran a

perder o se pusieran secas. Por lo demás, no se preocupaba demasiado. El olor a carne es olor a carne. El olor a carne quemada es olor a carne quemada, se decía. No hay diferencia.

Vivía en una zona industrial, y su casa lindaba con una fábrica de urea granulada. No sabía, nunca supo, qué era la urea granulada. Más allá había una petrolera. La habían levantado hacía más de ochenta años, y desde entonces tres firmas distintas habían pasado por ahí. Rosaura, FH4 y, ahora, Necropás. Ninguna había realizado remodelaciones de ningún tipo. Otras fábricas. Galpones. El único colectivo que llegaba hasta ese barrio descargaba operarios todos los días a las seis, y se los llevaba de vuelta al atardecer. Le gustaba mirarlos llegar desde la ventana.

Se despertaba temprano. No sabía, nunca supo, dormir. Eso que a todos les resultaba tan natural, él no podía. Daba vueltas y vueltas en la cama y apenas lograba quedarse quieto. Le molestaba su cuerpo. Se ponía a pensar demasiado en su cuerpo, en todos esos órganos funcionando. Eran como voces, todas a la vez. No dormía más de tres o cuatro horas por noche, y siempre se despertaba con la sensación de no haber dormido nada en absoluto.

En el barrio —quedaban muy pocas casas de familia: casi todas habían sido compradas por las industrias para ampliar sus instalaciones— flotaba un olor inmundo. Corrosivo. Como si el aire ahí estuviese hecho de punzones. Muchos tenían alergias, tos, dolores de cabeza indelebles. Cáncer. Las calles eran de

tierra y, cuando llovía, se inundaba todo y el agua traía restos de la petrolera. También unos granitos. Las veredas quedaban montadas de negro. Ningún jardín había sobrevivido.

Así que él no se preocupaba por quemar en su patio. Ningún olor era capaz de sobresalir. Todo era un gran olor, un vaho macizo. No había ninguna diferencia.

Fue hacia el sillón. Apoyó sus pies en la mesa ratona. Su mamá no le hubiese perdonado eso. Era como un chico que se queda solo, por fin, en la casa. Un chico que sabe que su deber es hacer todo lo que no tiene que hacer, ahora que está solo. Que eso es lo que se espera de él, y no otra cosa. Aunque se digan otras cosas.

Metió su mano derecha bajo el elástico del

jogging. Empezó a rascarse. Cambió de canal. Las persianas que daban a la calle estaban cerradas. Eran de madera: varillas articuladas para plegarse, una sobre otra, hasta empalmarse y detener la luz. Escuchó la voz de las mujeres. Pensó que estarían volviendo, que estarían terminando de juntar sus benditas firmas.

Pero sonó el timbre. Le parecía increíble que se hubiesen decidido a insistir. No iba a abrirles, pero volvieron a presionar el interruptor y lo dejaron trabado. El botón era viejo. Era la primera vez que eso pasaba, pero también era cierto que nadie, nunca, usaba ese timbre. Quizás el timbre está así desde hace mucho, solo que no pude darme cuenta antes porque nadie lo usó, se dijo. También pensó: lo rompieron estas hijas de puta. Como el timbre seguía

sonando y el ruido empezaba a ponerlo nervioso, tuvo que abrir.

—Qué pasa —dijo, aturdido.

—Vinimos¿no? yanoseestábañando¿no? ahorapuedefirmar —aulló la mujer.

—Todavía me estoy bañando —dijo, y se puso a destrabar el timbre, sin mirarlas.

—Sabe qué pasa —inició la otra, gritando, para sobreponerse al ruido— que si no juntamos una cantidad de firmas suficiente no nos van a recibir la carta, usted también vive en el barrio, es parte, sería importante...

—Me rompieron el timbre. Ahora está trabado. ¿Ven? Váyanse. —No lograba destrabarlo, el ruido era ensordecedor.

—¿No quiere que le ayudemos? A ver, déjeme pasar y

—Noleayudesaestebestiabrutosincorazón dejávámonos —dijo la otra, y la tironeó.

—Salgan de acá —clavó sus ojos en ellas.

Solo había eso: él, de espaldas a su casa, con la puerta de calle abierta, mirándolas fijo. Y el ruido del timbre. Parejo, inflamable.

Las mujeres se fueron. La primera volteó para mirarlo y dejó caer una puteada como quien suelta un envoltorio disimuladamente en la calle.

Entró a su casa. No había podido arreglarlo. Se dirigió al interruptor general de luz. Pensó que si cortaba la luz el ruido iba a parar. Pero, después, pensó: si corto la luz también se va

a apagar el televisor. Se dijo: puedo vivir con eso. Volvió al sillón.

Se sentó frente al televisor apagado y comenzó a rascarse de nuevo. Entonces se dio cuenta: la carne se iba a echar a perder. Guardaba, desde hacía mucho tiempo, unas porciones especiales. No le interesaba rescatar todo, pero no quería que se arruinaran esas. Así que volvió al interruptor. Estuvo un rato pensando. Lo levantó. El timbre volvió a irrumpir automáticamente. Los akitas empezaron a ladrar, a rasquetear la puerta del patio. Sacó su caja de herramientas, la puso sobre la mesa donde antes había comido. Eligió una pinza y trató, sin suerte y durante varios minutos, de arreglar el timbre. Terminó por arrancarlo de cuajo.

El ruido seguía ahí, como un taladro. Los

perros ya no ladraban, o sí. Cerró la puerta, se tapó las orejas. Empezaba a marearse. Volvió al interruptor y lo bajó.

No tenía hambre, pero no iba a permitir que esa carne se pudriera. Pensó que lo mejor era cocinarlo todo y comerlo.

Sacó las bolsitas. Estaban heladas y las yemas de sus dedos se contagiaron de ese frío. Preparó el horno. No acompañaba las carnes con guarniciones, nunca le habían gustado las ensaladas. Pero la diabetes, usted debería hacerse controles, cambiar su dieta. Abrió, uno por uno, los cierres herméticos azules. Dispuso las presas en hilera. Las miró con satisfacción. Iba a tardar un buen rato en cocinarlo todo.

Mientras las porciones se doraban en el horno intentó, como se intentan las cosas por

última vez, desactivar el timbre. Probó con otras pinzas y subió el interruptor. El ruido volvió a tomar la casa, y le pareció que ahora era todavía más agudo y más fuerte. Los akitas repitieron su espamento, hasta que desconectó la luz.

Empezaba a anochecer y la casa se fue oscureciendo. Abrió otro vino, uno que tenía reservado para este momento. El olor a comida no había llegado a retirarse de la casa, y ahora se reforzaba con esta nueva cocción. Sintió que el hambre volvía a él, como si no hubiese terminado de comer hacía apenas un rato.

Se sirvió una porción generosa y dejó el resto en el horno. La carne se deshacía como manteca entre sus dientes. Su madre había muerto dormida y notó, enseguida, la

diferencia con el resto. Esta vez la presa era tierna y jugosa, y él se metía un bocado detrás de otro, sin detenerse siquiera para tomar vino.

En eso estaba cuando, de repente, el timbre empezó a sonar de nuevo. Se sobresaltó y dejó caer los cubiertos. Solo se podía ver, a lo lejos, una de las luces de la petrolera titilando en la ventana que daba al patio. Los akitas, ahora, ladraban enloquecidos.

Pero él no iba a dejar de comer. Planeaba comérselo todo, aunque fuera la última cosa que hiciera en la vida. De a poco, su cuerpo se relajó y se fue acostumbrando.

Puedo vivir con esto, pensó.

*

AUTORIDADES

PRESIDENTA DE LA NACIÓN
Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRA DE CULTURA
Teresa Parodi

JEFA DE GABINETE
Verónica Fiorito

SECRETARIO DE POLÍTICAS SOCIOCULTURALES
Franco Vitali



LEER ES FUTURO

Cultura Argentina

Ministerio de Cultura
Presidencia de la Nación
Argentina